

El intelectual de oficio (y III)

Cierta tradición intelectual otorga la partida de nacimiento del compromiso del intelectual a aquel papiro inmarcescible que fue el "Yo acuso" de Zola sobre el caso Dreyfus. Se trata, por supuesto, del compromiso del intelectual frente al poder, no como creen algunos del compromiso del intelectual con un partido o una causa, que es cosa muy distinta. Me explico. Unamuno, por ejemplo, es un caso de manual del intelectual irresponsable que lo mismo sirve para un cosido que para un zurzido; defendió las cosas más contrapuestas. Como no existe una biografía decente del personaje, hemos de reconstruir las situaciones a retazos, pero no hay en Unamuno un ápice de coherencia que no sea su egotismo y su afán de notoriedad que le hizo reivindicar una cosa y al tiempo la contraria. Baste como ejemplo su ataque a la monarquía y su visita a Alfonso XIII de la mano del conde de Romanones.

Y sin embargo cabe admirar a don Miguel de Unamuno. Sus versos hoy nos chirrían la sensibilidad; en mi adolescencia pasé un verano que aún no olvido en la compañía tenebrosa de sus poesías al Cristo de Velázquez. Tampoco me impresiona su prosa irregular, en ocasiones brillante y eficaz, ni sus novelas audaces pero timoratas. Admiro a Unamuno porque todo intelectual tiene como mínimo una ocasión en la que se muestra o se evade, y don Miguel la tuvo aquel día en el paraninfo de la Universidad de Salamanca cuando fue capaz de replicar a Millán Astray y en voz muy alta —él, que tenía una voz aflautada que se acercaba a lo cómico—, y enfrentarse a aquellas mesnadas de fascistas, sabiendo que de allí podía ir a la gloria, pero no vivo. Un gesto de envergadura intelectual, porque eso es defender ideas, lo demás —permítanme el sarcasmo— es aparcarlas. Pocos, por no decir ninguno, de su generación y de su entorno, hubieran sido capaces de tanto. (Acabo de leer que el patético Rubert de Ventós ha parodiado a Unamuno en Salamanca y la verdad es que he sentido vergüenza ajena.)

El caso Ferrer Guardia, tan vinculado a Cataluña, tuvo connotaciones en las que algunos quisieron ver un Dreyfus hispano, pero el tipo humano Ferrer era tan complejo, tenía tantos pliegues y estaba metido en tantos líos, que la injusticia flagrante que se cometió con él quedó oculta en aquella faramalla. Las páginas de Unamuno dedicadas a Ferrer Guardia, que aparecen en su correspondencia, nos dejan un poso desazonador. La historia española a propósito del compromiso del intelectual ha tenido mucha especie y poco género. Las sentidas reflexiones del poeta Maragall sobre la Semana Trágica de Barcelona, las reticencias de buena parte de la inteligencia española sobre el caso Ferrer, la división artificial de la cultura hispánica entre aliadófilos y germanófilos en la Primera Gran Guerra. La guerra civil. Aún hoy no hay ni un solo trabajo digno sobre la intelectualidad española durante la guerra civil. Andrés Trapiello lo intenta, pero a mitad de su libro se cansa y decae. Nuestro problema siempre es el mismo; se paga la indolencia, pero el trabajo crea deudas. Como si nadie se atreviera a hacer la pregunta del millón: ¿hay alguna editorial en España capaz de pagarle a un investigador cuatro años de trabajo? Imposible, porque no habría lectores capaces de cubrir los gastos. Y el círculo se cierra.

Por eso estimo que habría que hacer un homenaje a la editorial que ha publicado un libro insólito sobre el compromiso del intelectual frente al poder. Un caso impresionante, único diría yo, en la historia de nuestra cultura. Estoy hablando de "Castellio contra Calvino", subtítulo: "Conciencia contra violencia". Un texto del mejor Stefan Zweig que hace unos meses llegó a las librerías de la mano de la editorial El Acantilado; sólo echo a faltar en la impecable edición unas breves líneas que sitúen al lector en el momento crítico en el que Zweig lo escribe, pero el texto es impresionante, conmovedor. Aquí sí es-

tamos ante el caso, indiscutible, de un intelectual arrojando el riesgo de su vida por defender el derecho a pensar diferente. Y no su pensamiento, sino por el de otro hombre que apenas si tiene algo que ver con su concepción del mundo, el aragonés Miguel Servet.

Las vibrantes páginas de Zweig llegan a emocionarme al lector ante el escenario brutal de Ginebra, siglo XVI, y tres protagonistas. Un político totalitario revestido de autoridad religiosa, Calvino. Un intelectual aventado dispuesto a romper todos los moldes de su época, Miguel Servet. Y un profesor discreto dedicado al estudio de las Sagradas Escrituras y su traducción al mundo moderno, Sebastián Castellio, quien podía haber seguido su vida normal, su quehacer

**CUANDO LOS GRANDES
intelectuales toman las no
menos grandes decisiones, más
que orgullosos, como piensan
los filisteos, se quedan al paio**



MESEGUER

**NO SE TRATA DE HACER
un código deontológico, pero
al menos deberíamos explicar
a la gente de dónde cobramos
y para quién trabajamos**

funcionario y modesto, sus reflexiones en papel, sus amigos una vez por semana, su familia disciplinada, su prestigio incólume. Una vida, según expresión común, consagrada al pensamiento y la filosofía. Y hete aquí que no, que el crimen que comete Calvino en Ginebra con la tortura, juicio y asesinato de Miguel Servet, le provoca tal reacción que le obliga a denunciarlo. Hay muy pocos libros en los que el ser humano se reconcilia con el género. Este de Stefan Zweig lo recomiendo, porque es uno de ellos.

Con el olvidado Castellio, el erudito del siglo XVI, nace la figura del intelectual frente al poder. Porque no es rico como Voltaire cuando afronta valientemente el caso Calas, ni influyente como Zola en Dreyfus, ni un anciano atrabiliario y popular como Unamuno, ni un tramposo profesional como tantos que conoce-

mos. (Me viene el recuerdo del día que Camilo José Cela rompió con el régimen de Franco por los fusilamientos del 75 y abandonó la dirección del Ateneo de Madrid que él había exigido; ¡qué historia hoy olvidada, que no sé por qué el subconsciente me trae a la memoria!)

Admiro a Castellio por algo que no tiene precio, ni reconocimiento, ni siquiera compensación. Y es que nadie hubiera detectado su silencio. Miguel Servet hubiera muerto atrozmente quemado y vilipendiado y nadie le hubiera trasladado a él, al profesor Castellio, ni un ápice de responsabilidad. Y he aquí que la asumió sin que nadie se la pidiera, ni la víctima ni los familiares ni los discípulos, nadie salvo su conciencia de intelectual. Y si no pagó con la vida la osadía de enfrentarse a aquel siniestro fanático que era Calvino fue porque se murió antes que la venganza se consumara; posiblemente del disgusto y la espantosa soledad, a los 48 años, exactamente mañana, domingo, hará casi cuarentientos cincuenta años.

También admiro a André Gide y considero su "Viaje a la URSS" como uno de los textos que honran a un intelectual, que le dan razón de ser, y por razones más similares de lo que la gente podría creer a las de Castellio. En este caso no porque le fuera la vida, asunto entonces

que no cabría descartar, sino porque no le costaba nada haberse callado. Hubiera sido lo más sencillo salirse por la tangente o demorarse en sus apreciaciones. Todo menos decir lo que pensaba, sabiendo que lo que pensaba iba a dejarle a la intemperie. Los filisteos suelen emocionarse mucho cuando piensan lo orgullosos que deben quedarse los grandes intelectuales cuando toman las no menos grandes decisiones. Una mierda. Se quedan al paio y tienen diarreas incontrolables; les ocurrió, cuentan, al humilde Castellio y al Gide imperturbable.

Y ustedes preguntarán a qué viene este exordio antiguo. Pues muy sencillo, me ha llegado un documento firmado por egregios intelectuales para sumarme a la protesta. Se titula "Manifiesto contra la muerte del espíritu" y está promovido por uno de los escritores por los que no siento frío ni calor, Alvaro Mutis. En el documento se recogen todos los tópicos de una inteligencia fenecida, arrugada, soberbia en su inutilidad, que exige la vuelta del Espíritu —la mayúscula es mía— con tres referencias memorables: una a Nietzsche, porque pasaba por allí y, que les hubiera vomitado encima con la misma tristeza que lloró ante el asno de Turín, otra a Ortega porque sirve para todo, y, en fin, el papa Wojtyła, cuya figura no soy capaz de juzgar sin ofender y que pertenece a una galaxia que me

es ajena. Pero lo sorprendente es que en el retórico llamamiento van incluidas firmas que no sé si son una broma o un chiste o una mascarada. ¡Pero si el espíritu lo han matado ellos, con su mediocridad, sus compromisos y sus pluriempleos! Y eso si el tal espíritu ha existido alguna vez.

Ha nacido como un empleo más el intelectual de oficio. El que se ocupa de eso. Se monta un sarao cultural y aparecen tres intelectuales de oficio; uno por cada administración, incluyendo el ayuntamiento. Se monta un curso y se cita a los intelectuales de oficio que representan cada uno la voz de quien les paga más. Cabe una pregunta modesta. Si hasta ahora habíamos entendido que era un intelectual aquel que estaba distante de los poderes reales, ¿me podrían decir si alguno de los que conocemos cobra de la Generalitat, del Ayuntamiento o del ministerio del ramo? ¿A quién asesora? ¿A Pujol, a Convergència, a Unió, a Maragall, a Piqué, a los populares impopulares, o a Carod-Rovira...? No se trata de hacer un código deontológico de una profesión inaprensible, pero al menos deberíamos explicar a la gente de dónde cobramos y para quién trabajamos. No basta que lo sepamos los que estamos en el gremio, entre otras cosas, porque los del gremio apenas si nos leemos entre nosotros, por razones obvias. ●